

Lidiando con el “efecto Funes”: en torno de la posibilidad de una historia literaria

por *Leonardo Funes*
(*Universidad de Buenos Aires – SECRI-CONICET*)

RESUMEN

El trabajo discute las condiciones de posibilidad de una historia literaria a comienzos del siglo XXI, cuando muchos de los presupuestos de esta disciplina han sido puestos en entredicho. Toma como punto de partida el artículo de David T. Gies (“The Funes effect: making literary history”) que homologa la situación del historiador literario con la del personaje del cuento de Borges, abrumado por la exacta memoria de todos los detalles y, por ello, imposibilitado de pensar. Luego de pasar revista a todas las aporías y limitaciones que acosan a quien intenta escribir historia literaria, Gies se limita a señalar la pervivencia de una práctica tan imposible como inevitable, pues todavía una oferta renuente se ve superada por una demanda insistente.

El trabajo intenta ir más allá de la respuesta pragmática de Gies y plantea argumentos para lidiar con el “efecto Funes” y sustentar la razón de ser de la investigación histórico-literaria. Para ello, se enfoca en dos cuestiones básicas: la posibilidad de una contextualización histórica de los textos y la narrativización de un pasado literario como forma legítima de conocimiento. La ejemplificación concreta remite a mi campo específico de trabajo: el hispano-medievalismo.

Palabras clave: historia literaria – hispano-medievalismo – contextualismo – narrativa histórica

This work discusses the feasibility conditions for a literary history in the beginning of the 21st century, when many of this discipline’s assumptions has been put at stake. Taking as a starting point David T. Gies’ article (“The Funes effect: making literary history”), which homologates the situation of the literature historian with the character of Borges’ story, overwhelmed by the accurate remembrance of every details and, therefore, unable to think. After going through all the apories and limitations that haunt anyone who dares to write literary history, Gies limits himself to point out the endurance of a practice as impossible as inevitable, since a reluctant offer is still surpassed by a persisting demand.

This article attempts to go beyond Gies’ pragmatic answer and proposes arguments for struggling with “the Funes effect” and supporting the historical-literary research motives. In order to do this, it focuses in two capital matters: the possibility of a historical contextualization of texts and the narratization of a literary past as a legitimate way of knowledge. The concrete exemplification reflects the specific field of studies of the author - Hispanic medievalism.

Keywords: literary history – Hispanic medievalism – historical contextualization – Historical narrative

Comienzo aclarando que el “efecto” del título no alude al posible resultado de mi desempeño docente en mis alumnos (¿entre la curiosidad y el entusiasmo?, ¿entre el aburrimiento y la desesperación?) sino que está relacionado con mi tocayo, el famoso personaje borgeano –más conocido que leído, como suele suceder con la obra de nuestro ilustre escritor–, por razones que expondré de inmediato.

Mi campo de especialización es la literatura hispánica medieval. Trabajo, por lo tanto, con una masa de textos, o mejor, con una masa de testimonios escritos, objetos concretos que han llegado hasta mí luego de atravesar una distancia temporal de seis, siete y ocho siglos, desde el momento en que fueron producidos hasta el momento en que intento descifrarlos y estudiarlos. Dada la pertenencia de mi objeto a un pasado tan alejado de nuestro tiempo, la adopción de un enfoque histórico parecería imponerse por sí sola. Pero podría plantearse que es posible una lectura no-histórica de esos textos, ya sea alegando que uno puede leer como un lector medieval, ya sosteniendo que un texto medieval puede leerse como cualquier texto contemporáneo. Estos son casos extremos, pero numerosas corrientes críticas del siglo XX han planteado una amplia gama de posibilidades de estudiar la literatura de cualquier época dejando de lado la historia (el estudio inmanentista, el esteticismo universal, el formalismo puro). De allí que la opción por considerar la dimensión histórica de los textos no sea de ningún modo una obviedad y debe, por eso, fundamentarse. Sobre todo, se impone una discusión sobre las actuales condiciones de posibilidad de una historia literaria, puesto que el tipo de

investigación que llevo adelante pertenece a esta suerte de gran disciplina dentro de los estudios literarios.

La tarea no es sencilla, dado que a comienzos del siglo XXI están puestos en entredicho muchos de los fundamentos y presupuestos de esta actividad, nacida en el siglo XVIII y consolidada en el XIX. Me pareció que un buen modo de ilustrar esta situación y de elegir un punto de partida para esta discusión era tomar el planteamiento del hispanista norteamericano David Gies en su artículo "The Funes effect: making literary history" (2004), que homologa la situación del historiador literario con la del personaje del cuento de Borges, quien, abrumado por la exacta memoria de todos los detalles, y por ello imposibilitado de pensar, terminó en la locura. Gies comienza diciendo que...

One fears that Pierre Menard might have had it right when he proclaimed "There is no intellectual exercise which is not ultimately useless". Certainly, the thorny problem of writing literary history might fit into Menard's category and he might have despaired at, if not ultimate uselessness of the task, at least its seeming impossibility (2004: 3).

Luego argumenta que si Ménard no pudo enfrentar el desafío de revivir cada uno de los momentos cruciales de la vida del autor del *Quijote* con el fin de replicar no sólo el producto final, sino también las experiencias que informaron ese texto, y si Funes no podía olvidar nada y, por ello, no podía pensar, ¿qué va a ser del historiador literario moderno, que enfrenta los mismos desafíos? ¿Cómo va a poder "pensar", aplastado como está por una avalancha de detalles?

Y continúa planteando que si Homi Bhabha (1994) tiene razón al afirmar que la historia literaria es, en los hechos, el resultado de una acumulación de detalles contiguos y un acto de olvido, entonces la cuestión es ¿cuántos detalles hay que registrar, cómo se seleccionan, cómo se configuran?, ¿cuánto olvido es aceptable? ¿Se registra y se olvida por razones ideológicas, estéticas, técnicas? ¿Qué tipo de memoria es la que informa el acto de producir una historia literaria? ¿Es una memoria nacional, un repositorio de grandes obras maestras? ¿Una memoria racial o de género?

Luego de pasar revista a todas las aporías y limitaciones que acosan a quien intenta escribir historia literaria, Gies concluye señalando la pervivencia de una práctica que, en opinión de David Perkins (1992: 17), resulta tan imposible de escribir como imposible de no leer. Pese a todos los obstáculos se sigue escribiendo historia literaria simplemente porque el público lo pide. Todavía una oferta renuente se ve superada por una demanda insistente.

Frente a este panorama, Gies termina ofreciendo una respuesta pragmatista: hagamos historia literaria, demos satisfacción al mercado lector, pero conscientes de la problemática condición de nuestra tarea y despojados de la ilusión de que podamos ofrecer una visión completa y objetiva del pasado literario de que se trate:

We know the impossibility of completeness, of objectivity, of coverage, of inclusiveness, and yet we struggle on, convinced that even an inadequate and reductive overview of a nation's literary achievements can provide at least some guidance through the past and some keys to interpreting the present (2004: 7).

Mi intención es tratar de avanzar un poco más allá de este pragmatismo de Gies, lidiando con el "efecto Funes" y planteando argumentos que sustenten la razón de ser de la investigación histórico-literaria. Para ello, trataré puntualmente dos cuestiones: la posibilidad de la contextualización histórica de los textos y la narrativización de un pasado literario como forma legítima de conocimiento. La poca ejemplificación concreta que el espacio disponible me permite saldrá de mi campo específico de investigación.

Quienes hacemos historia literaria partimos de la aceptación de que existe una relación fundamental e ineludible entre la literatura y la historia, la sociedad, la cultura. Este es el punto en que el enfoque histórico debe enfrentar lo que algunos críticos llaman el desafío semiótico del "giro lingüístico". Ya nadie pone hoy en discusión que nuestro conocimiento del mundo está siempre mediado por el lenguaje y el discurso, mediación que para los letrados consiste en textos. Sin embargo, las conclusiones que el post-estructuralismo y el deconstruccionismo han derivado de esta comprobación resultan altamente discutibles. No es mi intención desarrollar aquí una discusión teórica que me desviaría del objetivo concreto de este ensayo, pero al menos creo necesario puntualizar dos cosas para situar mi

concepción histórico-literaria en el marco de las discusiones (un tanto desactualizadas, en realidad) que todavía hoy se dan en los círculos universitarios argentinos sobre el “giro lingüístico”.

En primer lugar, la concepción pantextualista que se condensa en el famoso *dictum* de Jacques Derrida (“*Il n’y a pas d’hors de texte*”) y que se presenta como impugnación de un supuesto idealismo y de un pretendido “logocentrismo”, resulta de un ilegítimo forzamiento del fenómeno de la mediación discursiva, al transformar una cuestión gnoseológica en un principio ontológico.

En segundo lugar, ese ataque a una alegada “metafísica de la presencia” se funda, otra vez, en una derivación abusiva de la concepción lingüística saussureana de la arbitrariedad del signo y del lenguaje como sistema de diferencias sin término positivo. En efecto, la insistencia de Saussure en la naturaleza arbitraria y convencional de la lengua como fenómeno social debería conducir naturalmente a una perspectiva histórica que hiciera hincapié en la aparición históricamente determinada de los diferentes sistemas lingüísticos. Asimismo, la aceptación de la realidad como socialmente construida no implica que ésta se construya del mismo modo en todos los lugares y en todos los tiempos; precisamente la concepción del lenguaje como sistema de diferencias se opone a semejante conclusión. Como argumenta Gabrielle Spiegel (1990), si el lenguaje es un contrato social implícito que obliga a los miembros de la comunidad lingüística a usos prescritos fuera de los cuales no habría comunicación ni producción de sentido posibles, cualquier manifestación de lenguaje es entonces y necesariamente un acontecimiento histórico y específico. Teniendo en cuenta esto, concluyo que el planteo del problema de la significación en términos de una liberación del significante al juego de una semiosis infinita requiere el abandono de todo anclaje en la historia, con lo cual este lenguaje que se habla a sí mismo de sí mismo, al margen de los hablantes y de las sujeciones de la historia resulta más bien el objeto sacralizado de una nueva metafísica (“una metafísica de la ausencia”, podríamos decir), una suerte de “idealismo semiótico” absolutamente ineficaz para ayudarnos a entender el problema concreto de la mediación discursiva.

En cambio, el historiador literario, sin desatender lo que Clifford Geertz llama “el proceso autónomo de la formulación simbólica” (1998: 182), opera sobre la mediación textual con un enfoque materialista del hecho literario. Lo histórico del texto se pone de manifiesto en su materialidad: en mi caso, el códice medieval y las condiciones, elementos y operaciones que confluyen en su producción material proveen una información básica, una suerte de suelo firme a partir del cual superar el estancamiento pantextualista y construir un saber *histórico* del texto.

Esta dimensión material y cultural permite recuperar huellas del hacer humano no verbalizadas (o mejor, no configuradas discursivamente), huellas de una historia modesta y secundaria, pero que pueden transformarse en herramientas críticas eficaces para postular relaciones concretas entre texto y contexto, para intervenir desde un ángulo inesperado en el análisis del fenómeno literario.

Pero además de este anclaje en la materialidad de la producción discursiva, me ha interesado avanzar en el análisis de la relación/mediación entre texto y contexto proponiendo algunos conceptos como herramientas críticas útiles para la investigación histórico-literaria. Tal es el caso del concepto de *práctica discursiva*, resultado de un acto de apropiación salvaje del concepto acuñado originariamente por Julia Kristeva (1974) y reformulado por Godzich y Kittay (1987) como *práctica significante*. Seguramente ninguno de ellos aprobaría mi interpretación de la idea, pero ha sido de suma utilidad para mis trabajos. Sobre el análisis de la paulatina aparición e interacción del verso oral, del verso escrito y de la prosa escrita, busqué la articulación de los textos con factores tecnológicos (como la utilización del papel en reemplazo del pergamino y su incidencia en la extensión de las obras) y con factores materiales (la disponibilidad de excedentes de riqueza en ciertos grupos sociales como condición de posibilidad de emprendimientos culturales y literarios). Este cruce entre lo discursivo y lo extradiscursivo deja su huella en las líneas ideológicas que sustentan los textos; el rastreo de esta huella me permitió comprobar el modo en que cada texto era producto de una sociedad y al mismo tiempo era acción sobre esa sociedad.

Por otra parte, inspirado en las ideas sobre producción literaria y trabajo crítico de Noé Jitrik (1975) y en los principios planteados por la “lógica social del texto” de Gabrielle Spiegel (1990), he esbozado el concepto de *inscripción* cuyos perfiles definitivos todavía no he terminado de definir, pues depende del desarrollo de la investigación histórico-literaria que actualmente estoy realizando. Puedo adelantar, sin embargo, tres aspectos básicos de esta noción: (a) con el sustantivo que alude a la ‘acción y efecto de inscribir’ quiero poner el acento en el ámbito de la praxis; (b) esa praxis se entiende como bidireccional: acción de la historia sobre los textos y acción discursiva de los textos en la historia (las pulsiones de la contienda histórica se inscriben en los textos, así como la acción discursiva se inscribe en el entramado social como una forma de intervención); (c) esa inscripción se da fundamentalmente (e

interesa investigarla) no en el plano del contenido explícito de los textos sino en el plano de la forma, en el ámbito de los procedimientos de construcción de los discursos.

He comenzado a utilizar este instrumento crítico para estudiar la textualización de la crisis del siglo XIV, la más terrible que conoció Occidente. Mediante el rastreo sintomático de las formas de producción verbal me fue posible leer los fenómenos de fragmentarismo y heterogeneidad en un grupo de textos datables en la primera mitad del siglo XIV (*Mocedades de Rodrigo*, *Crónica particular de San Fernando*, *El Conde Lucanor*, *Libro de buen amor*) como líneas recurrentes del impacto de las fuerzas históricas en pugna, sin necesidad de recurrir a la teoría del reflejo ni contentarme con el plano del contenido, con lo explícito de la letra escrita, pero sin reducir tampoco las correlaciones a las grandes líneas del pasaje del feudalismo al capitalismo.

Llegados aquí (es decir, a la fundamentación de la validez de la consideración del contexto para el estudio de los textos), debemos enfrentar el momento más álgido del “efecto Funes”: la masa inabarcable de datos que constituye el contexto y la aparente imposibilidad de discernir allí lo relevante para el objeto bajo análisis. Pues bien, la forma de superar la objeción sobre la infinitud del contexto consistió en el trabajo con lo particular concreto, aún con lo anecdótico, en una línea que se encuentra a mitad de camino entre Erich Auerbach –y su método de análisis exhaustivo del breve pasaje aparentemente elegido al azar– y Stephen Greenblatt –y su análisis basado en la anécdota extra-literaria (Gallagher-Greenblatt 2000). La anécdota extraída de la masa de discursos que provee el archivo medieval resulta así el punto de cruce de la estructura y del acontecimiento, de la regularidad y de la contingencia, la base para afirmar la posibilidad de una relación entre el texto y la historia.

Al mismo tiempo pude comprobar que, en mi trabajo, rápidamente los datos y las hipótesis resultantes del análisis cultural de los textos se hicieron inteligibles como problemática de investigación en torno del tema de *la evolución literaria y cultural como contienda de prácticas discursivas* y que estas hipótesis tendieron a organizarse en un relato.

Todo historiador literario es a la vez un lector del texto literario y un escritor del texto histórico, de allí que una historia literaria posible debe prestar tanta atención a la actividad decodificadora del análisis literario como a la actividad codificadora de la exposición histórica; sobre todo en lo que se refiere a la problemática teórica que afecta a toda operación historiográfica. En efecto, al historiador literario le caben las generales de la ley y debe hacerse cargo del problema que genera el impacto de la narratividad en el estatuto de la verdad histórica (es decir, en el estatuto científico de la propia disciplina). Toda investigación histórico-literaria genuina es, inevitablemente, un relato y, como tal, su coherencia y aún su poder de convicción descansan tanto en la pertinencia del análisis como en la eficacia de su disposición narrativa. Reconocer el carácter constructivo del relato histórico significa tener en cuenta y valorar la acción de una imaginación histórica y de una habilidad narrativa que pueden transformar el seco registro de los hechos en un saber inteligible. También implica un severo llamado a la humildad, pues ese saber jamás podrá aspirar a una “verdad definitiva” o a un “conocimiento pleno” del objeto. Por su naturaleza conjetural, por su fundamento en factores modestos y secundarios de la cultura literaria, por su aceptación del carácter narrativo de su formulación historiográfica, el medievalista produce un saber forzosamente fragmentario, necesariamente provisorio, pero a la vez más sugerente, más productivo, más profundo, en la medida en que no se refugia en el confortable estudio formalista de la obra literaria ni en la especulación sobre el abstracto mundo de las ideas del autor, en la medida en que no rehuye el desafío de considerar la dimensión social de los productos culturales del pasado.

Esta forma narrativa, lejos de ser un añadido retórico o el alarde de un pretendido “estilo”, es un componente esencial de los protocolos de representación y de los esquemas de argumentación de la tarea analítica cumplida. Como ya entendieron los “narrativistas” que discutieron este asunto en la década de 1960 en el marco de la filosofía analítica de la historia (William Gallie, Morton White, Arthur Danto), la narración es el componente esencial del conocimiento histórico, en la medida en que es *per se* una forma de explicación. Si retomamos esto en los términos de una historia literaria, habría que decir que el campo fenoménico que investigamos (en mi caso, el archivo medieval, la masa de textos de toda índole que conservan las huellas de una praxis humana del pasado, el cúmulo de empiricidades que nos permite construir una serie de acontecimientos a estudiar) dota a nuestro objeto de estudio de ciertos rasgos básicos que orientan nuestra tarea hacia el análisis de su exterioridad (investigación de los aspectos materiales y culturales de los textos) y de su interioridad (descripción y explicación de las estrategias y procedimientos de significación que esos textos ponen en marcha, de las líneas ideológicas y las intencionalidades que los atraviesan); pero a la vez, la perspectiva histórica de nuestra tarea de

investigación nos permite entender su significado (su relevancia) en el marco de un proceso que visualizamos como dotado de algún tipo de globalidad, en la trama de relaciones que nuestro objeto mantiene con una red global de discursos y de textos diseminados en la historia.

Pero queda por discutir el problema que genera el impacto de la narratividad en el estatuto de la verdad histórica; dado que, como “efecto colateral”, los procedimientos y categorías formales (punto de vista, argumento, personaje, nudos narrativos, etc.) “contaminan” de ficcionalidad el texto resultante, que, como decía antes, convence tanto por la “verdad” de su argumentación como por su eficacia retórica.

Casi todo el planteo que Hayden White desarrolló en los años setentas y ochentas del siglo pasado gira en torno de estos problemas: apoyándose en una peculiar combinación de estructuralismo y post-estructuralismo francés con las teorías de Kenneth Burke y Northrop Frye, entendió la obra histórica como una estructura verbal en la forma de discurso narrativo en prosa, que se propone como modelo, o icono, de procesos y estructuras pasadas, con el fin de explicar lo que fueron, representándolos. Dado que esta representación narrativa de los hechos históricos se realiza aplicando las técnicas del relato y del lenguaje figurativo, proyecta un significado secundario, una figuración, que es de naturaleza poética, específicamente tropológica.¹

Vista la cuestión desde la historia literaria, que nos habitúa al análisis de una textualidad compleja y nos hace especialmente sensibles a la relevancia de la forma en el entramado intertextual e interdiscursivo de toda cultura, sostengo que toda discusión debe partir del reconocimiento del componente de ficcionalidad que conlleva la narrativización como procedimiento dominante en la representación del pasado literario. De esto se hace cargo David Perkins (1992: 182, citado por Gies 2004: 6) cuando dobla la apuesta y sostiene que la función de la historia literaria es producir ficciones útiles sobre el pasado. Pero esto no debe sonar a blandenguería posmoderna del tipo “todo es ficción en el mar indiferenciado de las infinitas cadenas de significantes”. En rigor, la ficción narrativa de la historia literaria es el resultado de un trabajo imaginativo que se cumple sobre una selección de elementos representacionales, textos, objetos y discursos. El historiador literario construye, así, mediante las técnicas del montaje, una configuración nueva que no reproduce el pasado literario sino que consiste en un mundo posible que posee valor descriptivo y explicativo de un fenómeno literario concreto. El tipo de imaginación actuante es el que Collingwood especifica como histórico, diferenciándolo del tipo perceptual y del literario.²

El uso del término “mundo posible” es premeditado: considero que la teoría de los mundos posibles tal y como la plantea Lubomir Doležel (1999) es especialmente pertinente para entender el fenómeno general de la ficción y, en este caso particular, el sentido de la expresión “ficciones útiles” o “ficciones cognitivas”. La eficacia cognitiva de esta ficción narrativa se funda tanto en la exploración de la pluralidad de *possibilia* para encontrar un modelo apropiado para los *realia*, como en el cumplimiento (durante el proceso) de los requisitos de lo que Alvin Gouldner (1979) denomina “cultura del discurso crítico” y por eso está preocupada por justificar sus afirmaciones, no invocando autoridades sino provocando un consentimiento voluntario mediante la argumentación ofrecida. Por último, insisto en que este planteo no es una pura especulación teórica o una expresión de deseos sobre condiciones ideales: hay resultados concretos que demuestran que la ficción narrativa es una legítima herramienta de conocimiento y el mejor modo de lidiar con el “efecto Funes”. Mencionaré dos casos.

En primer lugar, la práctica cada vez más extendida de la llamada “historia contrafáctica”. La imaginación produce historias conjeturales –cuyo disparador es la pregunta “¿qué hubiera pasado si...?”– con el fin de entender mejor el pasado real.³

En segundo lugar, tenemos el ejemplo tan elocuente como insospechado de la cartografía. En el artículo de Philippe Rekacewicz, “La cartografía: entre ciencia, arte y manipulación” (2006), publicado

¹ El grueso de la obra teórica y crítica de Hayden White está recopilada en sus libros de 1973, 1978, 1992 y 1999.

² Collingwood (1952: 278-283) insiste en que la imaginación no es esencialmente caprichosa y arbitraria, y señala que cumple tres funciones: la perceptual, la literaria o artística y la histórica. Esta última construye una imagen del pasado (ya que en la historia no puede haber co-presencia de sujeto y objeto como en las ciencias experimentales) sometida a ciertas reglas que garantizan su validez científica. El planteo es teóricamente endeble en su conjunto, pero aún así rescato el poder constructivo y crítico de una imaginación enfocada en los testimonios provistos por un archivo.

³ Esta incipiente subdisciplina histórica ha ganado al gran público a través de los libros colectivos editados por Robert Cowley a partir del año 2000 y ya ha dado frutos en el ámbito hispánico (Townson 2004).

en *Le Monde diplomatique* en marzo pasado, se nos recuerda que el mapa es una representación ficcional que resulta de una selección de objetos y acontecimientos, sometidos a una simbolización basada en la imaginación y la creatividad del cartógrafo, obligado siempre a sintetizar, simplificar y renunciar. La distancia entre el mapa y la realidad geográfica va mucho más allá de la escala y de la mediación simbólica e icónica, porque en ella se sostienen reivindicaciones identitarias y nacionales. Como el relato histórico-literario, el mapa ofrece un mundo posible con valor cognitivo y evidente utilidad (basta pensar en la ficción cognitiva y reivindicativa del mapa de la República Argentina, con las islas Malvinas y el Sector antártico).

La ficción narrativa de la historia literaria construye un saber de los textos, finalmente, porque se funda también en la voluntad crítica. Entiendo esta dimensión crítica no sólo como la obligación de un escrutinio sobre la naturaleza de los testimonios del archivo medieval sino fundamentalmente en el sentido que proponía Northrop Frye cuando eligió para uno de sus libros más importantes el título de *El camino crítico* (1986: 13), inspirándose en las palabras finales de Kant en su *Crítica de la razón pura*: en el pensamiento se ha intentado el camino dogmático y no funcionó; se ha intentado el camino agnóstico y tampoco funcionó: es hora de intentar el camino crítico. Frye comenta en otra parte que “El dogmático dice: ‘Lo sé’; el escéptico dice ‘No lo sé’; y el crítico intenta hacerse una idea aproximada de lo que sabe y lo que no sabe” (Cayley 1997: 80).

Hoy en día los términos no significan lo mismo que en la época de Kant, pero aún pueden identificarse formas dogmáticas y agnósticas en la teoría literaria y en las humanidades en general. Reivindicar una postura crítica implica para mí no conformarme con las verdades recibidas, someter a constante revisión los presupuestos en que basamos la identificación disciplinar de nuestra tarea, no dar por sentado ni aceptar interpretaciones como definitivas, evitar toda forma de sujeción a autoridades intelectuales intocables (una rémora de lo peor de la escolástica tardo-medieval que todavía circula, al menos, por las aulas de mi Facultad); implica, en suma, mantener vivo lo que Noe Jitrik (1971) llamó *el fuego de la especie*.

Tales son, pues, los argumentos en favor de la posibilidad de una historia literaria. Tales son, también, las herramientas y las estrategias gracias a las cuales los historiadores literarios podemos seguir lidiando con el “efecto Funes”.

BIBLIOGRAFÍA

- BHABHA, Homi (1994). *The Location of Culture*. London, Routledge.
- CAYLEY, David (1997). *Conversación con Northrop Frye*. Traducción de Carlos Manzano, Barcelona, Península.
- COLLINGWOOD, R. G. (1952). *Idea de la historia*. Traducción de E. O'Gorman y J. Hernández Campos. México, Fondo de Cultura Económica.
- COWLEY, Robert (2001). *What if? The World's Foremost Historians imagine what might have been*, New Jersey, Berkley Trade Publishing.
- DOLEŽEL, Lubomír (1999). *Estudios de poética y teoría de la ficción*. Traducción de Joaquín Martínez Lorente, Murcia, Universidad de Murcia.
- FRYE, Northrop (1986). *El camino crítico: ensayo sobre el contexto social de la crítica literaria*. Traducción de Miguel Mac-Veigh, Madrid, Taurus [orig. inglés: Bloomington, Indiana University Press, 1971].
- GALLAGHER, Catherine y Stephen GREENBLATT (2000). *Practicing New Historicism*, Chicago, The University of Chicago Press.
- GEERTZ, Clifford (1998). "La ideología como sistema cultural", *La interpretación de las culturas*. Traducción de Alberto Bixio, Barcelona, Gedisa, 171-202.
- GIES, David T. (2004). "The Funes effect: making literary history", *The Cambridge History of Spanish Literature*, Cambridge, Cambridge University Press, 3-12.
- GODZICH, Wlad y Jeffrey Kittay (1987). *The Emergence of Prose: An Essay on Prosaics*, Minneapolis, University of Minnesota Press.
- GOULDNER, Alvin W. (1979). *The Future of Intellectuals and the Rise of the New Class*, New York, Seabury Press.
- JITRIK, Noé (1971). *El fuego de la especie. Ensayos sobre seis escritores argentinos*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- JITRIK, Noé (1975). *Producción literaria y producción social*, Buenos Aires, Sudamericana.
- KRISTEVA, Julia (1974). *La Révolution du langage poétique: L'avant-garde à la fin du XIXe. siècle*, Paris, Seuil.
- PERKINS, David (1992). *Is Literary History Possible?*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press.
- REKACEWICZ, Philippe (2006). "La cartografía: entre ciencia, arte y manipulación", *Le Monde diplomatique* ("el Dipló"), año VIII, nº 81, 20-22.
- SPIEGEL, Gabrielle M. (1990). "History, Historicism, and the Social Logic of the Text in the Middle Ages", *Speculum*, 65: 59-86.
- TOWNSON, Nigel (2004). *Historia virtual de España (1870-2004)*, Madrid, Taurus.
- WHITE, Hayden (1973). *Metahistory: The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press.
- WHITE, Hayden (1978). *Tropics of Discourse: Essays in Cultural Criticism*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press.
- WHITE, Hayden (1992). *El contenido de la forma: narrativa, discurso y representación histórica*. Traducción de J. Vigil Rubio, Barcelona, Paidós, [Original inglés: Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 1987].
- WHITE, Hayden (1999). *Figural Realism: Studies in the Mimesis Effect*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press.